

Las pasiones y Descartes

Manuel José SIERRA

Generalidades

Como fuerzas gigantes se agitan las pasiones en el fondo del sér. en lo íntimo de la vida; van con toda edad, penetran en todo estado, son atraídas por el bien, inclinadas hacia el mal. El grito que todos lanzan y la queja que se escucha son su fruto.

No es verdad que la lucha por la vida sea el distintivo de los tiempos modernos, sobresale la lucha por el amor, por las pasiones. Todos sufrimos su ataque y sentimos su sacudida, aunque las formas son diversas y los resultados distintos. "El amor que perdió al mundo fue también el que lo salvó". Sólo el egoísmo nunca ha sabido salvar, y es natural, porque su aliado es el error, la mentira, la ilusión, la rebeldía contra la razón, la decepción de la esperanza, el horror de la desesperación, la cólera, los celos, la actitud envenenada contra algunos que turban el bien particular preferido al bien general. Sin embargo la humanidad no ama sino que es egoísta. Amarnos a sí mismos o amar para sí mismos, con exclusión de otros, a los demás, no es amor sino egoísmo en dos formas, de un ser o de dos. Es el desorden. En el orden económico la libre concurrencia y el comunismo son extremos que se tocan como el egoísmo y el odio; en el orden biológico el amor libre y el amor legal se parecen como el libertinaje y la legalización del desorden. Las pasiones a la vez que determinan la lucha y declaran la guerra en que se vive, señalan la caída del imperio de la razón, marcan el término de la actividad y clavan el mojón de la pasividad.

Todos hablan de las pasiones, pero ¡qué pocos son los que las observan en sus caminos, menos todavía los que analizan su labor misteriosa, progresiva o retrógrada, amenazadora y eficiente; en cambio son innumerables los encantados que las acarician como el amo a su caballo de silla! Triste es afirmar que la humanidad ha sido siempre

el niño curioso, antojadizo e irreflexivo que corre tras los atractivos prestados con que embelesan. Con todo, no puede negarse que son factores de tanta importancia que ocupan una vida, llenan una historia y forman la geografía humana. Si así no fueran, habría podido Descartes con su teoría sobre las pasiones interesar la literatura del siglo XVII y dar la clave para entender ciertos aspectos de la época?

La revolución y salvación de la sociedad, su ruina o desastre, estriban en gran parte en la dirección acertada o desacertada de las pasiones. ¡Cuántas veces creemos obedecer en nuestras obras a inspiraciones nobles y sanas, y en realidad no somos sino víctimas de torcidas direcciones y nativos impulsos, provenientes de corrientes turbias y de intoxicados medios sociales!

Pluralizadas en los once géneros de que habla Santo Tomás: seis apacibles, llamados amor, odio, deseo, aversión, alegría y tristeza; cinco irascibles, audacia, temor, esperanza, desesperación y cólera; o singularizadas en el amor como lo hace Bossuet, por considerar que las otras son meros matices o disfraces de él; o bien reduciéndolas con Descartes a la admiración, amor, odio, deseo, alegría y tristeza, o con los positivistas, a egoístas y altruistas, por todas partes aparecen como signos de vida, movimientos y corrientes vitales, de flujo y reflujo variado y modificado, mas siempre impulsor y agitador. Son como el fuego central del planeta que diversamente localizado determina las estaciones, los vientos calientes o fríos, los climas, los valles, hondonadas y montañas. No debemos seguir sus movimientos ni conformarnos con sus exigencias; no son la expresión de la naturaleza, ni la vida del hombre es gozar y sufrir, por más que lo pretendan los epicureístas. Tampoco consiste nuestra obra en suprimirlas, porque no es virtud carecer de ellas como no es paz la de los muertos. Fuentes fecundas de entusiasmo, de ardor, de valor y de fuerza, son auxiliares poderosos de nuestra actividad que debemos dirigir ordenadamente. Los corceles que arrastran el carro de nuestra vida, desbocados precipitan en el abismo, enfrenados conducen y salvan.

La vida humana es un laberinto en que las inteligencias más brillantes suelen obnubilarse y perderse; el sistema complicado de acciones estrechamente unidas y delicadamente dirigidas forman la enmarañada urdimbre en que la personalidad es frecuentemente exaltada o abatida, restringida o dilatada; al yo se contraponen el no-yo de las pasiones con pretensiones absorbentes y tiránicas. El temperamento y el carácter que nacen con todo individuo, la constitución orgánica que nos une a los antepasados, la sangre que ha sufrido la filtración de generaciones salvajes y bárbaras sin lograr una completa purificación; el alimento, la tierra en que se mora, el aire, el clima, el medio social, son otros tantos elementos

que influyen agravando la complejidad de los fenómenos pasionales.

Nuestra naturaleza, a pesar de los peligros anotados y de los escollos que encuentra a uno y otro lado del camino; vanidad en que se quiebra y voluptuosidad en que se envilece, no nace desprovista de medios de defensa, ni está abandonada al acaso. "Si el hombre es racional y civilizado, decía Aristóteles, es el primero de los animales, y será también el último si no obedece a las leyes y desprecia la justicia", es decir, no son la sensibilidad y el sentimiento, las inclinaciones y los instintos los llamados a formar el hombre que ocupa la última grada en la escala animal, es la razón, la educación, el deber y la voluntad. Aquí está el dominio de nosotros mismos, la majestuosa dignidad de nuestro sér, la civilización misma. Las pasiones que alcanzan hasta las alturas del espíritu descienden especialmente a la carne y a la sangre y se ocupan de intereses físicos y morales. En ningún caso pueden arrebatarnos la soberanía, si no es que voluntariamente nos esclavizamos.

Lo que llevamos escrito son generalidades, preámbulos que verán el desarrollo en el análisis que empezamos:

Las pasiones no son meros movimientos corporales, son también anímicos; pasivos del todo. - Actitud del hombre ante ellas. - Alteración orgánica.

Las pasiones, según Santo Tomás, son movimientos del apetito sensitivo acompañados de conmociones orgánicas. Definición clara, comprensiva y exacta. Con el santo doctor están de acuerdo todos los filósofos escolásticos y gran parte de los fisiólogos y naturalistas. No podía ser de otro modo. El mismo San Pablo cuando se retrata presa de la concupiscencia pinta a lo vivo el movimiento: "No hago el bien que quiero sino el mal que no quiero; la ley del pecado me cautiva". En el mismo tono habla San Agustín, "Me iba alejando de Vos, y Vos me dejábais ir; proseguía buscando más y más gozos estériles, semillas que no producen otros frutos que penas, sentimientos y dolores". Así se quejaba de su terquedad ante Dios.

Eso es precisamente lo que se advierte en todas las pasiones, llámense concupiscibles, apacibles o irascibles, de conquista o de lucha. Atarados o vengativos, nos sentimos agitados, empujados o atormentados; temerosos o esperanzados, es la ola de la inquietud ante el mal que amenaza o ante el bien que llega; alegres o desesperados, es la expansión o la depresión del espíritu. Son movimientos de acercamiento a los hombres y las cosas o de alejamiento de ellos; el bien o el mal, blanco de sus tiros, ora atrae, seduce y arrastra, ora repele, atormenta y hace retroceder. Cuando nos sentimos fuera de nosotros mismos, arrastrados, sin

dominio ni imperio sobre nuestros actos, sin vacilar afirmamos que estamos apasionados.

Descartes, por una aberración del espíritu, tan común en los genios que entronizan los engendros de la razón propia olvidando su fragilidad, conviene en que las pasiones son movimientos ,pero no del alma, sino de los espíritus animales, es decir, de fuerzas que brotan del corazón y de la sangre, y luego se difunden por el cerebro y los órganos. Cualquiera podría creer que Descartes era materialista; todo lo contrario, ultraespiritualista. No pudo concebir que la materia obrara sobre el espíritu o a la inversa. En consecuencia, acudió a intermediarios que explicaran los hechos que no podía negar. Siendo aquéllos de orden puramente vital, comprendió que a su vez necesitaban puntos de apoyo, palancas o resortes de orden superior que racionalizaran su influencia en el orden de la sensibilidad y de la vida intelectual. Malebranche con su sistema ocasionalista y Leibnitz con la armonía preestablecida prestaron lo que faltaba a su teoría. Desgraciadamente no hizo sino complicar las cosas y comprobar que el sacrificio de la verdad en aras del egoísmo intelectual conduce al absurdo. Porque es evidente que si esos movimientos son externos, y lo son, puesto que proceden de elementos que no forman unidad substancial con el alma, la libertad humana será la víctima de la armonía preestablecida, a no ser que se invente no sé qué otro género misterioso de acción que salve la libre actividad.

Haeckel y su monismo radical, los materialistas y positivistas, y algunos de nuestros psicólogos así como han pretendido ver el alma en el resultado de la integridad y armonía de los órganos, y explicar la vida, la inteligencia, la voluntad y sus funciones por la diversa combinación de los átomos, por las células, las glándulas, el cerebro y la sangre, juzgan que la pasión es una mera reacción vaso-motriz. No nos sorprende esta manera de pensar; de una parte, el materialista difícilmente se desprende de los prejuicios de educación y de la debilidad natural del hombre para dejarse absorber por lo sensible con menoscabo de la realidad invisible; por otra, está demostrado que así como el matemático a fuerza de servirse del método geométrico pierde el sentido de lo contingente, el experimentador por el uso exagerado de la experiencia y de la observación sensible, pierde la idea del razonamiento, no admite sino lo que ve y toca, y llega hasta identificar la vida con las condiciones materiales de la misma. Así se explica que los predicadores del progreso y de la evolución tan sólo alcancen a reproducir estupideces que nacieron de la confusión de las causas próximas con las primeras y de aquéllas con simples coincidencias.

Los factores físicos, mecánicos, químicos y fisiológicos pueden explicar ciertas condiciones, por ejemplo, lo material del movimiento, mas de

nninguna manera su naturaleza. Fuera de éstos hay otros factores morales que influyen poderosamente sobre las pasiones: las ideas, las imágenes, las visiones, los afectos, las emociones y los sentimientos. No hay duda que éstos proceden del alma; de la misma manera el movimiento. No queremos decir que el alma se mueva localmente; lo que sucede es que cambia de estado, pasa del descanso a la actividad, de un sentimiento a otro, de la alegría a la tristeza, del abatimiento a la exaltación. Tampoco indica que es exclusivo del alma; el sentir es del compuesto dijo Aristóteles, y lo confirmó Santo Tomás. El alma separada del cuerpo no siente; es sustancia incompleta específicamente. El cuerpo exánime no siente; en el cadáver no hay vida ni sensibilidad; el cuerpo animado siente y también el alma.

El campo de acción de las almas es más vasto que el de los seres en el espacio. Son misteriosas las interioridades de las pasiones, espeluznantes, trascendentales y conmovedores los dramas que en ellas se realizan: es la ira que exalta; el temor que contrae y ahoga; la tristeza que abate; la alegría que expansiona; la venganza que estalla como volcán; los celos que precipitan como un rayo. Se suceden movimientos tumultuosos, sacudidas violentas, ruidos que atemorizan como la voz de una tempestad, olas que se entrechocan y rechazan, elevando la vida hasta el cielo o precipitándola hasta el abismo. Actúan secretas corrientes, cortos circuitos, al contacto con seres desconocidos sin que sepamos sus resultados.

El movimiento de las pasiones es de pasividad; proviene de las facultades afectivas de cuya naturaleza es el ser atraídas por las cosas, a diferencia de las cognoscitivas que atraen los objetos. Cuando conozco me pongo en posesión de lo conocido; conocer es representar; la representación es activa, de la misma manera que los designados para llevar la representación de una nación a otra obran activamente. En cambio cuando quiero o amo me doy, me entrego en condición de poseído, de cosa; querer es apetecer el bien de otro, es darse, entregarse para que otros se desarrollen, prosperen y vivan, lo cual es pasividad, es decir, hay atracción, seducción y halago. Con razón dice Ozanam, hablando del matrimonio, que en él hay por encima de todo dos sacrificios: la mujer sacrifica lo que Dios le dio de irreparable, y ese poder de amar que cada mujer no lo tiene más de una vez; el hombre por su parte, sacrifica el albedrío de su juventud, la libertad para entregarse a lo que le parezca, y el esfuerzo de un primer amor encaminado a un acierto suave y glorioso. No hay símbolo mayor de la pasividad que el sacrificio, y el amor es el acto central de toda facultad apetitiva; en el amor recíproco hay recíproca pasividad. Todo lo apetitivo o afectivo tiende a hacernos esclavos; si el objeto agrada nos atrae sorpresiva o descaradamente, despótica o tiránicamente; nos despoja de nuestra autoridad y tanto más cuanto

mayor es la energía, cuanto más estamos a merced del sér que nos impresiona; si desagrada, entonces experimentamos repulsión y repugnancia, rechazo e irritación, signo evidente de nuestra impotencia enfrente de la fuerza de la pasión. Poderosamente insiste Santo Tomás en el carácter paciente de las pasiones; primero por el cambio que sufre todo el que está dominado por ellas; segundo por el imperio que realizan los agentes; y tercero, porque en toda pasión hay algo que repugna a la naturaleza, por razón de la substancia o por el modo y la intensidad. Agrada la alegría en sí misma, prolongada e intensa desagrada; en sí misma repugna la tristeza y también el modo y la intensidad.

Es evidente la necesidad de que el hombre asuma la dirección y señorío de las pasiones desde la niñez hasta la ancianidad. La educación del niño basada en la excesiva bondad, cariño y delicadeza, desarrolla seres afeminados, predispuestos a la sexualidad invertida, a la mentira, a la hipocresía y a la apatía para todo esfuerzo y trabajo fatigoso; la bondad indiscreta con la juventud, despierta acritud, violencia y crueldad, porque es interpretada como debilidad y cobardía. En la mujer desarrolla fácilmente el histerismo y la frivolidad, la hace antojadiza y terca. El carácter no se forma con mimos y melindres; es obra de inteligencia y voluntad. Los males no se corrigen despertando pasiones; antes que despertarlas débese prevenir su fuerza, vigorizar la naturaleza, fortalecerla con la gracia y ayudarla con la virtud. A la pasividad inherente a la pasión hay que oponer una enérgica actividad del sér convencido de que debe luchar para vencer.

La conmoción física o alteración orgánica acompaña siempre a la pasión: en esto intervienen el alma y el cuerpo, y el resultado son las reacciones físicas, químicas, mecánicas, fisiológicas y psíquicas; hay emociones del espíritu y alteraciones de la materia. Sin cesar nuestra vida es un foco de perpetuas agitaciones, que se chocan y se contradicen, dando lugar a fenómenos que se reflejan en todo el sér humano, ora de temblor o de parálisis, ora de sonrojo o de palidez, ya de vergüenza o de espanto, sin que nadie pueda expresar las mil formas que reviste nuestra alma.

Confirmase una vez más la relación en que se encuentran el alma y el cuerpo, relación que no es de aislamiento ni de yuxtaposición sino de unión íntima, profunda, substancial, la cual a la vez que revela la unidad, expresa la síntesis de un mundo de fenómenos complejos, múltiples y diversos pero unidos entre sí como el principio de donde proceden, el compuesto humano.

La doctrina católica sobre la unión sustancial del alma y del cuerpo, cada día más confirmada por la ciencia moderna, da la razón de la alteración o conmoción, perpetua compañera de la pasión. No es que las

teorías materialistas y ultraespiritualistas nieguen el hecho; Buchner y Descartes, situados en campos opuestos, lo reconocen, pero para explicarlo tienen que hacer maromas en que la razón y la vida quedan maltruchas. En cambio a base de la unión substancial, la pluralidad numérica de los elementos que se unen, se destaca en la más perfecta unidad específica, la cual corresponde a todo el sér humano y a cada una de las partes entre sí. Si en el hombre la materia y el espíritu son inseparables, en las partes también lo son el elemento material y el formal; tan humano es el cuerpo como cada parte.

Solidaridad pasional. Origen y variedad. El materialismo, Descartes y la doctrina escolástica

La solidaridad es en la sociedad y aglomerados humanos el resultado de simpatías, de intereses y necesidades comunes; en el hombre lo es de la unión substancial de que venimos hablando. No hay actividad del espíritu que no repercuta en el organismo, no hay energía de éste que no tenga su resonancia en las facultades del espíritu. Todas ellas obran sobre el individuo y remueven la sustancia humana. "La desasimilación acompaña siempre la manifestación vital, dice Claudio Bernard; cuando sobreviene en el hombre o en el animal algún movimiento, se destruye y se quema una parte de la sustancia activa del músculo; cuando se manifiestan la sensibilidad y la voluntad se gastan los nervios; cuando se ejercita el pensamiento el cerebro se consume".

Tal doctrina ha sido diversamente interpretada por el materialismo. Este no ve en todo eso sino operaciones corpóreas, el mecanismo admirable del organismo, sobre todo del cerebro, de los nervios, de las glándulas y de la sangre, etc. Para muchos la sangre es la vida, la sensibilidad y la conciencia; para otros todo depende de los centros nerviosos. Entre éstos encuéntrase el holandés Moleschot, Broca, Buchner, Gall, Charcot, y otros. Afortunadamente otra pléyade de sabios como el profesor Marie, Eduardo Pierrer, Guépin, y Chanteaud los han confundido en todas y cada una de sus afirmaciones con análisis experimentales realizados en los soldados heridos en la guerra del 14. El profesor Marie dice que, es tan absurdo pretender explicar los actos mentales por el mecanismo histológico como querer dar la explicación de una corriente eléctrica estudiando los hilos y los aparatos de un servicio telegráfico. Efectivamente el organismo condiciona las actividades intelectuales, pero no las causa. Sería inexplicable que la locura cesara en las proximidades de la muerte como acontece muy frecuentemente, cuando debería más bien agravarse, dado el debilitamiento de las reservas

dinámicas o generales. Por otra parte el materialismo nunca podrá explicar la conciencia de la identidad del sér, dice el doctor Pron, la permanencia del yo y la memoria de hechos remotos, puesto que según la ciencia nuestro cuerpo cambia cada siete años y al final de ese periodo todas nuestras células de tal manera se han renovado que ya nada subsiste en nuestro organismo.

El hecho de la solidaridad es manifiesto e innegable. Nada demuestra tan claramente, dice Montaigne, la estrecha unión del alma y del cuerpo como la influencia de las pasiones y de las afecciones morales sobre las diversas funciones de la economía. En efecto, las causas de un gran número de enfermedades son morales; todos saben como predisponen a la apoplejía las cóleras repetidas, por la afluencia de la sangre hacia el cerebro, y cómo las pasiones mal reprimidas conducen a la locura. "La mitad de los tísicos, según Descurets, son producidos por el libertinaje; las enfermedades crónicas del estómago, de los intestinos y del hígado son debidas a la ambición, la envidia y a largas y profundas tristezas. De cien tumores cancerosos, noventa son el resultado de afecciones morales tristes".

También es innegable que la naturaleza de la solidaridad es diversa en las distintas actividades y desigual la influencia en cada una de las partes. Sin duda es debido a que hay actividades como las intelectuales que sólo se relacionan con el organismo indirectamente. Puesto que las operaciones intelectuales, son intrínsecamente independientes de la materia, por su misma naturaleza pueden existir y obrar en el alma sola, separada del cuerpo; pero cuando está unida, son acondicionadas por la materia, que es como el intermediario con el mundo exterior. Véase lo que a este propósito dice Santo Tomás: *Secundum diversitatem materiae diversificantur et formae. Et ex hoc est quod filii simulantur parentibus etiam in his quae pertinent ad animam.* De manera que materias distintas exigen formas diferentes y por lo mismo los hijos se parecen a sus padres no sólo en la fisonomía física y corporal sino también en la espiritual y moral que pertenece al alma. Todo ello es debido a que las almas son formas sustanciales de los cuerpos y reciben de ellos la determinación e individualización; por consiguiente no se unen a la materia prima desnuda de toda determinación sino a la que está revestida de las condiciones individuales que son la historia del pasado, con la cual forman el sér sustancialmente uno, y se mueven y obran de acuerdo con sus exigencias.

Se dice que el hombre hereda la inteligencia, el carácter y la voluntad de sus padres, expresión inexacta, porque siendo elementos espirituales no son heredables.

El alma de la cual son propiedades exclusivas no es engendrada por los padres sino creada por Dios; sólo se hereda lo que se transmite

por generación. Sin embargo no es una mentira; hay en ello un fondo de verdad: la materia individualizada, que a su vez individualiza al alma, limita las capacidades de ésta y las acondiciona de acuerdo con la historia del pasado con que carga de generación en generación. De allí provienen esa multitud de fenómenos de que hablan los sabios.

Por igual razón los fenómenos cognoscitivos cuando acompañan a las pasiones producen alteraciones orgánicas menos considerables que los afectivos. El limo de la materia se mezcla menos con la ciencia que con el amor; las operaciones intelectuales si se pudieran realizar sin emoción ni inquietud, sin intensidad ni exceso de prolongación, nunca alcanzarían a romper el equilibrio del cerebro, del corazón y de los nervios ni a interrumpir su marcha regular. Los intelectuales reposados y serenos que han logrado dedicarse al cultivo de la ciencia, independientemente de la agitación de las pasiones, han podido penetrar en los misterios de ella, a pesar de su débil constitución, y han ejecutado obras de superación que exceden a la de otros en condiciones iguales. Santo Tomás de Aquino, el Padre Francisco Suárez, Belarmino, y Aristóteles entre los antiguos, sorprenden por el poder productor a pesar de su constitución.

Hay en cambio otras actividades que sí dependen directamente del organismo como las sensitivas y las vegetativas; no son propiedades del alma sola ni del cuerpo solo; proceden de la unión o sea del compuesto; por tanto cuando cesa la unión y el compuesto desaparece, aunque subsista el alma, aquéllas también desaparecen. El alma sola no realiza las operaciones sensitivas ni mucho menos las vegetativas; las pasiones por ser sensitivas mueren con el cuerpo. No pocas veces se observa que en cuerpos enfermizos y raquíticos, mal acondicionados y anormales, como en los cretinos e idiotas, las pasiones son tenues o de nula efectividad.

También en este punto incurre Descartes en un error magno. Para él las impresiones de las pasiones las recibe el cuerpo de fuerzas extrañas, las cuales las comunican al alma, única que siente. Dice así: "En nosotros no hay sino una alma, y esta alma no tiene en sí diversidad de partes, sino que la misma que es sensitiva es también racional y todos sus apetitos son voluntades. El error en que se ha incurrido haciéndole desempeñar el papel de diferentes personajes que ordinariamente son contrarios entre sí, no procede sino de que no se ha distinguido bien sus funciones de las del cuerpo, al cual debe atribuirse todo lo que puede repugnar a la razón, de suerte que no hay en esto otro combate sino el que la pequeña glándula que está en medio del cerebro puede ser movida de un lado por el alma, y por otro por los espíritus animales que no son sino cuerpos; así que, sucede con frecuencia que estos dos impulsos son contrarios, y el más fuerte impide el efecto al más débil".

Comentamos: Evidentemente nuestra alma es única, numérica y

esencialmente; es también simple; y por consiguiente, no tiene partes esenciales o constitutivas y mucho menos cuantitativas; las tiene potenciales, o facultades que desempeñan diversos y contrarios oficios, los cuales, no afectan la naturaleza del alma sino que revelan ser el sujeto de atribución distinto de la causa productora; aquél es el compuesto, el hombre, ésta es el alma; produce los fenómenos de la sensibilidad y no es sensitiva; produce las operaciones más sublimes de inteligencia y voluntad y es racional. Nada hay en esto de raro ni de sorprendente: el superior no se sacrifica al provecho del inferior; puede sí hacer los oficios de él sin asumir su naturaleza. No todos los apetitos del alma son voluntades, como quiera que no lo es el sensitivo. No es un error que el alma desempeñe diversos oficios y que para ello se sirva de diversas facultades y obtenga diversas denominaciones como no lo es que un mismo hombre se llame carpintero, escritor y guerrero porque sabe manejar la escuadra y la pluma y empuñar la espada. El cuerpo independientemente del alma no tiene función alguna como no la tiene el cadáver; es una sustancia incompleta en todo orden. Gran servicio prestarían a la ciencia los naturalistas, si a sus experiencias y observaciones unieran el raciocinio y la lógica; entonces se convencerían que más allá de lo que ven y palpan está el nudo que encierra el misterio de la ciencia.

Cuando Descartes afirma que la pequeña glándula pineal es movida por el alma y por los espíritus animales, con lo cual pretende explicar la contrariedad y estorbo del más fuerte sobre el más débil, supone una unión accidental entre el alma y el cuerpo, y acepta una conclusión antilógica, por cuanto dos corrientes paralelas, por más contrarias que sean, jamás pueden estorbarse. Sin duda alguna estaba en su ánimo impedir la contaminación del espíritu con las impurezas de la materia; rodó, sin embargo, con tan mala suerte que violó los derechos de la verdad y destruyó las fronteras de nuestra libre actividad, sujetándola a una fantástica determinación divina o armonía preestablecida y esclavizando el alma misma en las bajezas de la materia.

Influencia fisiológica y variedad. Fisonomía física y moral.

La influencia de las pasiones se extiende a todo el individuo como a todas y cada una de sus partes. Va del centro a la periferia y a la inversa.

Excitados los nervios se conmueve todo el organismo con mayor o menor fuerza: los vasos, las venas y las arterias se estrechan o dilatan; las vísceras se irritan o se entorpecen; los músculos se encogen, se contraen e imprimen en los miembros y los huesos movimientos desor-

denados que hacen crujir los dientes, temblar los labios y vacilar las piernas; la cantidad de sangre puesta en circulación aumenta o disminuye; la calidad se transforma o se corrompe por los elementos que en ella entran, y de líquido sustancial se convierte en brebaje venenoso o menos vital; las funciones de la nutrición, asimilación y secreción se alteran; la respiración sufre modificaciones, ora es jadeante y entrecortada, ora vehemente, tumultuosa y agitada; cambia la temperatura del cuerpo, ya es helada, ya ardiente; las pulsaciones caprichosas, aceleradas, intermitentes o regulares; la superficie del cuerpo y la fisonomía se encargan de revelar exteriormente lo que sentimos interiormente: se congestiona y se encarna el rostro, se arruga, se dilata o se crispa; las facciones se avivan, decaen y palidecen; los ojos se animan y se apagan; las narices se abren o se cierran; los cabellos se erizan y a veces se encanecen; el cuerpo tiembla, se paraliza, se agiganta o se encoje.

En la fisonomía no aparecen únicamente los rasgos físicos, entra en ella algo inmaterial y específico, que se llama expresión. Una cara de líneas correctas aparece vulgar, atónica y estúpida, y otra de líneas irregulares es animada, viva y hermosa. Voltaire y el Cura de Ars tenían rasgos fisonómicos parecidos, y, sin embargo, ¿dónde hay dos fisonomías más opuestas? Voltaire con su rencoroso rictus, de que habla José de Maistre, vestigio de sus bajos odios y de su vida vergonzosa, inspira repugnancia; al Cura de Ars no era posible mirarlo sin sentir emoción en el fondo del alma, según sus biógrafos.

“Es propio de la pasión ser excesiva, tomar proporciones desmedidas y violentas, por eso hay días en que el organismo no es bastante fuerte, dice Janvier, para soportar semejantes borrascas, las fibras tienden a romperse: diríase que se apodera de ellas un demonio enfurecido, que las atormenta, las retuerce; los vasos y el corazón no son bastante anchos para contener este torrente, la fisonomía no es bastante flexible para ceder a unos movimientos tan súbitos, tan intensos, que se suceden con tanto desorden y con tanta rapidez, mientras el corazón y los vasos amenazan estallar, aparece la frente esforzándose en vano por descubrir lo que pasa en el interior, impresionada y torturada por sentimientos que no es capaz de expresar”.

En esta república de nuestro organismo no todas las partes tienen la misma importancia ni desempeñan los mismos oficios, por lo mismo la influencia de las pasiones es más preponderante en unas que en otras: tales son el cerebro, los centros nerviosos y el corazón. Todos ellos son asiento de determinadas actividades y puntos de relación con los órganos del cuerpo y con las facultades del alma. Los materialistas o positivistas que no han parado mientes en esto se apartan de la verdad, unilateralizando la causa como si se tratara sólo de leyes mecáni-

cas. El cerebro es el asiento de las pasiones y de las emociones, de los órganos de los sentidos y de la palabra que nos ponen en comunicación con los objetos externos, reflejo de los pensamientos y de las afecciones del alma, haz de fibras que se ramifican en todo el cuerpo y conservan con él recíprocas y perpetuas relaciones, en virtud de las cuales, y por razón de la ley de difusión, de que habla Ribot, la menor emoción puede sacudir el árbol nervioso desde su raíz hasta la más delicada de sus ramas. De él parten los impulsos y los movimientos; también en él se verifica el trabajo fisiológico y se producen trastornos considerables como excentricidades, manías, locuras, ilusiones y alucinaciones.

Los centros nerviosos y el resto del organismo están en relación constante y hacen que en su interior penetren las conmociones de que son objeto.

El corazón en el siglo XVII fue considerado como el órgano más importante de la vida sensitiva y vegetativa hasta juzgar que era el centro de la sensibilidad; luego sin perder nada de su importancia, se consideró que entre los músculos es el que más recibe los efectos de las pasiones, por ser el órgano central de la vida vegetativa, y por sus relaciones con el cerebro, a cuyo servicio está para expresar los sentimientos.

Si bien es cierto que el corazón no siente sino merced a los nervios que posee, el simpático y el pneumo-gástrico, y a aquéllos con que comunican los del sistema nervioso, no dejan de ser verdades las expresiones populares, en virtud de las cuales, el corazón palpita, tiembla, es torturado y agitado. Seguramente todos los estados del alma se reflejan en él con precisión, exactitud, y extensión tal, que, se hacen sentir hasta en sus más delicados matices. De allí proviene que a un hombre enfermo del corazón se le aleje de toda clase de emociones; pueden hacerlo pasar por los apuros y peripecias más raras con riesgo de la vida misma.

Si nada podemos afirmar respecto del orden que siguen las pasiones ni de los caminos que elijen ni de los órganos o funciones a que llegan primero, para luego difundirse por todo el cuerpo, si sabemos que las manifestaciones fisiológicas son tan complicadas, numerosas y distintas, las enfermedades nerviosas tan variadas y sus formas tan diferentes, que son más las obscuridades que aún quedan por resolver que las proposiciones claramente establecidas. Desde todo punto de vista así sea moral, religioso o intelectual como sensitivo y fisiológico, ofrecen campos de investigación tan difíciles que los más grandes sabios no alcanzan sino a tantear.

**Teorías sobre el origen de las pasiones. Poder de los objetos sensibles,
de las imágenes y los sentimientos.**

En cuanto al origen y fuente viva de las pasiones es grande la diversidad de pareceres: los ultraespiritualistas con Descartes a la cabeza separan el elemento físico del elemento psíquico; por consiguiente asignan doble origen, las fuerzas o espíritus animales y el alma cuyo sentir, en concepto de ellos, es voluntad y cuyo conocer es pensar. Los fisiólogos, biólogos y vitalistas con Spencer, James, Bain y Ribot consideran que todos los estados afectivos se reducen a condiciones biológicas y son manifestaciones directas e inmediatas de la vida vegetativa. Los intelectualistas afirman que son explosiones de la sensibilidad, que el conocimiento así sensitivo como intelectual son radicales y fundamentales en toda vida afectiva y pasional.

No nos detendremos en la opinión de Descartes porque ya la analizamos; la de los fisiólogos o biólogos nos parece sencillamente absurda y estúpida: primero todo hecho y estado afectivo va generalmente acompañado de placer y dolor, de emociones e inclinaciones para lo cual no basta vivir; precisamente las plantas son inaccesibles a todo género de afecciones porque carecen de conocimiento. No puede negarse que el organismo juega un gran papel en el placer y el dolor lo mismo que todas las operaciones humanas; pero no es menos cierto que hay placeres y dolores y estados afectivos que son intelectuales y morales, los cuales, no guardan proporción con los estados orgánicos y sensibles que los acondicionan; segundo, la inconsciencia absoluta es signo de impasibilidad; los hechos alegados en contrario como los que pasan en el orden intelectual, voluntario y activo, no demuestran sino que hay estados de consciencia tan débiles y pasajeros que parecen inconscientes; la mayor parte de esos casos son verdaderos subconscientes; la posibilidad de separar la sensibilidad de la consciencia y del conocimiento es algo más que contradictoria; la sensibilidad encierra la facultad de percibir y afectarse. No negamos que se ha hablado de sensibilidad en las plantas, pero débese observar que la que a ellas corresponde es muy distinta de la de los animales. Aquélla es fisiológica, y consiste en que excitadas las plantas por objetos que las atraen o las hieren, responden con modificaciones físicas; así sucede con la adormidera y el girasol; la de los animales es psicológica y es la de las pasiones.

Para nosotros no tiene importancia la consideración de los estados afectivos como primitivos o secundarios porque ello no afecta sino a la teoría de Herbart y Nahlovsky, quienes pretendiendo renovar la teoría cartesiana afirman que los sentimientos nacen de la coexistencia en el espíritu de ideas que se avienen o se combaten y que el estado

afectivo es una manera de ser, un epifenómeno que se agrega a las representaciones y existe por ellas. No hay duda que los estados afectivos son modalidades de los estados psicológicos y los afectan a todos y no sólo a los representativos; no son puros epifenómenos sino estados psicológicos reales distintos de los fenómenos que los ocasionan.

Para nosotros que nos colocamos en el medio entre dos extremos, las pasiones no son la manifestación directa e inmediata de la vida vegetativa ni se reducen a meras condiciones biológicas, lo cual acarrearía una serie de consecuencias de trascendencia perniciosa; tampoco se reducen a ideas claras y exactas ni a meras manifestaciones superficiales o simples florescencias; estando en la región sensible, exigen un acto del conocimiento, el cual no es necesario que sea perfecto puesto que basta uno vago y confuso. A la verdad entre nosotros y los objetos sensibles hay una secreta armonía tal, que, desde el momento que nos impresionan, es decir, se unen con nuestras percepciones, inmediatamente se mueven las inclinaciones y los apetitos y comienzan los arranques, transportes y agitaciones. Por ejemplo, supongamos que se presenta un objeto que encanta y seduce, algo misterioso que hay en nosotros corresponde con verdadera simpatía: la atracción. En cambio se presenta otro feo y repugnante que nos inspira horror, le correspondemos con repulsión. Es una persona que nos ultraja y desprecia, todo nuestro ser se indigna y se subleva, naturalmente quiere vengarse. Esas agitaciones del alma no piden permiso para existir; esas atracciones y repulsiones no esperan para producirse ni el consejo de la razón ni las órdenes de la voluntad; seguramente sí podemos reaccionar contra ellas y resistirlas.

A veces acontece que a pesar de hallarnos preparados para resistir no lo evitamos, porque en un momento inesperado vence la luz, el perfume, la suavidad, el recuerdo, la sombra o la imagen, así sea de una quimera, de un ser irreal. Tan grande es el poderío de las imágenes y de los sentimientos, sobre todo, cuando han logrado impresionar el cerebro y los centros nerviosos, que suelen formar una corriente subconsciente de decisivos resultados para la vida. A este respecto refiere el doctor Altman Smithe (A. de la Universidad de Chile) la siguiente experiencia clínica realizada por el doctor Emilio Valdizán, a la que corroboran innumerables casos de influencia del sentido nervioso: "Un día recibí en su estudio la visita de un hombre recién casado, desesperado porque no podía dar cumplimiento al acto conyugal. Era para él toda una tragedia, como se comprenderá. Valdizán procedió a hacerle un examen orgánico, comprobando por éste su entera normalidad física. Existía, entonces una causa psíquica, que era necesario conocer.... El problema, pues, no era simple para el doctor Valdizán. Recurrió a la psico-análisis y en sueño hipnótico pudo arrancarle esta confesión reveladora que

venía a romper con el enigma: cuando este sujeto tenía más o menos 17 años fue llamado rápidamente al dormitorio de su madre, quien sufría en estos momentos un grave ataque al corazón. En su nerviosidad tomó un frasco de perfume que había en el velador para que lo aspirase la enferma, pero con el apuro tropezó, cayendo al suelo el frasco y rompiéndose. La habitación se inundó luégo con el olor de este perfume. Instantes después moría la madre, quedando gravado, en la conciencia primero y después en la subconsciencia del joven, íntimamente unidos, el olor del perfume y el doloroso recuerdo de la muerte de su madre. Pasaron los años y contrajo matrimonio. Pero tocó la coincidencia que su esposa usaba el mismo perfume que su madre y cuando el sujeto iba a realizar el acto conyugal con su señora, el olor del perfume hacíalo recordar el desesperante momento en que su madre falleció. Estos recuerdos subconscientes impedían la acción normal de la naturaleza y el acto conyugal no podía cumplirse. El doctor Valdizán, una vez conocidas y analizadas las causas de la impotencia, aconsejó al novel esposo rogar a su señora suprimiera el empleo de este perfume. Al seguirse este consejo, la impotencia desapareció por completo y hoy el antiguo enfermo es padre de varios pequeñuelos'. ¡Qué lección tan elocuente para los casados! Si el curso de la vida matrimonial fuera como en los primeros días en que los defectos se encubren bajo el velo de la juventud, de la hermosura, del extremo gozo de una vida nueva, nada habría qué advertir ni qué temer, mas si por la continuada intimidad caen, una por una, las ilusiones, y la perfecta realidad muéstrase descubierta porque el talento que se creyó brillante no es sino vulgar, mientras el carácter apunta asperezas desconocidas y el corazón aparece sin delicadeza, entonces la insuficiencia de la criatura resalta por todas partes y sobrevienen las acritudes, los reproches, los conflictos, el abandono y el odio, acompañados de palabras vulgares, picantes e injuriosas y de ademanes no menos repugnantes que acaban con la vida conyugal e invaden el hogar malogrado. Hoy día por no tener en cuenta todos estos antecedentes y consecuentes son muchos los hogares que de paraíso se han trocado en infierno.

Nada de lo dicho justifica considerar que las pasiones sean puras ideas; por una parte, la experiencia contradice ese modo de pensar, por otra, la inteligencia es de naturaleza opuesta a la de la pasión; ésta, agita, conmueve y sacude; aquélla, reposada y serena, ve, mira, contempla y asiste a los dramas interiores como un simple espectador, en ningún caso como actor. Tampoco son puros movimientos biológicos, como quiera que tienen poder para estremecer todo el cerebro, ya derramándose desde las alturas del espíritu hasta la última célula, ya procediendo des-

de las interioridades de la materia hasta las alturas de la inteligencia, la cual es siempre sujeto de repercusión y principio de represión.

Pasión dominante y moralidad de las pasiones.

Las tendencias e inclinaciones, las emociones, los hechos y estados afectivos, pasajeros o permanentes, servidos por la actividad vital, por las percepciones, las imágenes y las ideas, señalan los caminos que recorren y forman un largo proceso de sensibilidad. Naturalmente corresponde a la naturaleza una parte, la labor de iniciación; pero la que afecta a la personalidad y señala la hora de la lucha entre el yo y el no-yo, es de partes más nobles. Es una mezcla de temperamentos y caracteres con predominio de unos sobre otros; luego sobreviene la pasión dominante que pone su sello en todo el ser humano, moldea el carácter del sujeto de acuerdo con ella; en algunas ocasiones es efecto o resultado del carácter; en ambos casos la psicología del individuo se transforma, sin duda porque ha tenido que vencer obstáculos y desatar nudos como un río impetuoso violenta el dique que debía contenerlo en su cauce y forma uno nuevo. La pasión dominante es un desorden, exceso o defecto en las cualidades del alma y en sus mutuas relaciones, propio y característico de la persona; puede provenir de la disposición del ánimo, según la facultad o función que predomina, o del cuerpo. Todos los hombres tienen más o menos algún defecto particular; de ahí la necesidad del conocimiento propio. Como en el caso de predominio las otras condiciones no desaparecen, sino que asumen un estado latente, subconsciente, en espera de un momento propicio para hacerse presentes, ellas explican los cambios sorprendentes que se advierten en las diversas edades de la vida. Los padres de familia y los pedagogos lamentan con no poca frecuencia las transformaciones de niños y de jóvenes que en un momento dado cambian totalmente de orientación en la vida.

Las pasiones en cuanto anteceden a la reflexión y a la voluntad no tienen de suyo valor moral, pero según la decisión de la voluntad, pueden ser buenas o malas, ocasión e instrumento de pecado o de virtud. Pueden prevenir y anteceder al consentimiento de la voluntad, obrar contra ella y contra la razón a consecuencia del pecado original; nunca pueden determinarlos de modo que no pueda resistirlas, a no ser que degeneren en enfermedad. Resistir el ataque y vencer en el combate es prerrogativa de la libertad, armada de la gracia divina, pero sufrir el ataque y sentir su sacudimiento es una necesidad de la vida. La voluntad no interviene en esos movimientos y agitaciones interiores que frecuentemente se imponen sin ella y contra ella.

Hasta aquí no hemos hecho otra cosa que presentar la vida humana como un conjunto complejo de acciones y reacciones en donde alternativa y mutuamente se modifican el cuerpo y el alma; indicar que existen órganos que concurren a modificar nuestros sentimientos tanto como nuestras sensaciones, ya que, por una parte, sus movimientos propios o sus secreciones afectan a los nervios que han de regular el ritmo de los grandes órganos, y por otra, reciben ellos también el rechazo de los movimientos del corazón, cuando se les niega o se les envía copiosamente la sangre; anotar que los complicados fenómenos del placer y del dolor, de la pasión y de la conmoción están determinados a la vez por estados físicos y por estados mentales. Correspóndenos ahora declarar que así como existen disposiciones nativas, inclinaciones y apetitos, de tal o cual parte del organismo concurrentes a una pasión mejor que a otra, existen también facultades representativas, circunstancias ambientales, físicas y morales, hábitos voluntarios que dificultan o aceleran los movimientos que, producen en esta sensibilidad mixta, corrientes más o menos poderosas, las cuales, llevadas y traídas por los nervios aferentes y eferentes, determinan en el punto central del cerebro el tope del yo y del no yo, digno o indigno de nuestra naturaleza.

Los filósofos antiguos y con ellos Descartes, indistintamente han llamado pasiones a las inclinaciones, sensaciones, emociones y sentimientos, sin desconocer que el vigor y la viveza les imprimen carácter de mayor distinción; en cambio los modernos prefieren denominarlas movimientos impetuosos, dominantes; en el fondo no hay desacuerdo en los dos conceptos, pero sí parece más acertado el de los primeros por estar más de acuerdo con el proceso y la naturaleza de las cosas. Toda pasión en su estado inicial es una inclinación o un apetito, en el estado de desarrollo que pudiéramos considerar como medio, pasa a ser una sensación, una emoción o un sentimiento; la vehemencia de éste la coloca en condición de impetuosa y dominante; entonces adquiere forma exaltada y violenta, y es para el hombre un vértigo moral, una crisis, la tempestad de que hablan los psicólogos. Unánimemente afirmase que la impetuosidad del movimiento no ofrece la aparición de nuevas inclinaciones, sino el desarrollo de las ya habidas; que la fuerza de los sentimientos prolongados modifica su naturaleza y las convierte en hábitos; son como las corrientes, limpias y mansas en su origen, aceleradas y empujadas con el crecer del cauce, impetuosas y violentas cuando salen de madre o rompen el dique que las contenía.

Las inclinaciones personales, sociales y religiosas, y los apetitos,

se conservan en su estado de tendencia a satisfacer necesidades psicológicas y físicas y todas las de su género, mientras la naturaleza no experimente sacudidas especiales, procedentes, ora de la constitución orgánica de cada individuo, ora de las corrientes heredadas, de la educación o del medio, etc., etc. Cuando éstas logran ponerse en contacto con las tendencias acentuadas de la naturaleza que no esperaban sino el momento oportuno para estallar, como espera el barril de pólvora la chispa, o la fiera el despertar del sueño en que yacía, entonces aparece la bestia de muchas cabezas de que habla San Juan Crisóstomo, tantas cuantas son las pasiones desordenadas que de la carne brotan, pidiendo a gritos el pasto de los bienes materiales, unos semejantes al graznido del pavo real como la soberbia, otros semejantes al rugido del tigre como la cólera, otros como el silbo de la serpiente, la envidia, otros como el gruñido del animal inmundo, la lujuria.

Trae ordinariamente la naturaleza predisposiciones, generales y particulares, débiles y fuertes, jamás determinaciones obligantes ni fuerzas invencibles. Siempre puede la voluntad reaccionar contra la cólera y la sensualidad del temperamento sanguíneo, contra el odio y la violencia del bilioso, contra la inconstancia del nervioso y la pereza del linfático. La existencia de una profunda solidaridad entre nosotros y nuestros ascendientes, apenas si demuestra que hay pasiones más difíciles de vencer que otras; de ninguna manera tendencias irresistibles y perversidades de criminales natos. La historia ha grabado en páginas inmortales los ejemplos de varones que han triunfado de sí mismos desde Sócrates hasta San Francisco de Sales y de éste hasta García Moreno. Las pasiones que degeneran en enfermedades traspasan las fronteras de la psicología y buscan el asilo de una clínica, de un hospital, de un manicomio o de un sanatorio especial.

Naturalismo, instintos sexuales, iniciación sexual

Hoy es más evidente que ayer que las circunstancias de la educación, del medio social y de las ideas, tienden a que la humanidad que me hoy lo que ayer adoraba y adora lo que antes quemaba, es decir, a que ponga en práctica el mandato que oyó Clodoveo. Nos encontramos en días de manifiesta transición. Abrimos los ojos a un mundo en que el lenguaje, los hechos, las ideas, la evolución del género humano, la filosofía, la moral, el derecho, la literatura y la novela, en general todo, está tocado de vacilación, vaguedad e inquietud. Renace el paganismo disfrazado con los atavíos del naturalismo, y pretende invadirlo todo desde la niñez hasta la ancianidad, así en la novela y en la revista por-

nográfica como en los espectáculos públicos, en el matrimonio, el hogar y la escuela. De ello se lamenta el actual Pontífice Pío XI, en sus cartas a la cristiandad, sobre el comunismo, el nazismo, y en particular en la que se refiere a la educación cristiana. De él son estas palabras: "Es falso todo naturalismo pedagógico que de cualquier modo excluya o amigre la formación sobrenatural cristiana en la institución de la juventud: y es erróneo todo método de educación que se funde en todo o en parte sobre la negación u olvido del pecado original y de la gracia, y, por tanto sobre las fuerzas solas de la naturaleza humana. . . ., luégo agrega: en extremo grado es peligroso, además, ese naturalismo que, en nuestros tiempos, invade el campo de la educación en materia delicadísima, cual es la de la honestidad de las costumbres. Está muy difundido el error de los que, con pretensión peligrosa y con feo nombre, promueven la llamada educación sexual, estimando falsamente que podrá inmunizar a los jóvenes contra los peligros de la concupiscencia, con medios puramente naturales, cual es una temeraria iniciación e instrucción preventiva para todos indistintamente y hasta públicamente, y lo que es aún peor, exponiéndolos prematuramente a las ocasiones, para acostumbrarlos, según dicen ellos, y como curtir su espíritu contra aquellos peligros". No puede hablarse con más claridad y precisión contra la educación sexual, y a fe que acompañan al Romano Pontífice sabias y justas razones para proceder en forma tan terminante.

Gran número de científicos, y entre ellos no pocos sedicentes católicos, defienden la necesidad de la función sexual como si se tratara del cumplimiento de una ley natural; otros sin intención de defender el error anterior, piensan que las prácticas antinaturales y malsanas de una gran parte de la humanidad y las enfermedades que en otras se presentan, son consecuencia de una continencia prolongada o forzada. Freud, uno de los iniciadores de estas cuestiones, ha llegado a afirmar osadamente que la inferioridad intelectual de la mujer, es debida a la inhibición que se le impone para lograr en ella la represión sexual.

Sin duda piensa que la mujer pública o la descaradamente sexual son genios deslumbradores!

Antes de entrar en el análisis de estos puntos de vital trascendencia conviene observar lo siguiente: en nuestro concepto las tendencias sexuales, o libidinosas no pueden ni deben clasificarse entre las inclinaciones, sino entre los apetitos; precisamente porque son de duración periódica y se ordenan a la conservación de la especie, a la cual corresponde directamente la necesidad e indirectamente al individuo. En éste puede convertirse en una necesidad sólo después de sufrir las transformaciones del pensamiento malo al deseo, del deseo a la obra, de allí a la costumbre, y de la costumbre a la necesidad, la cual se connaturaliza con la víctima,

y no la abandona de ordinario hasta precipitarla a la esclavitud y la desgracia.

La pretendida necesidad de la función sexual carece de fundamento científico, es opuesta a las enseñanzas católicas y la contradice la experiencia. La función propia de los órganos sexuales o sea la espermatogénesis se realiza independientemente de la función sexual; no hay tal peligro de atrofiamiento de que a veces se habla. Podría Dios encomiar la castidad y exhortar a ella con términos tan vehementes, si fuera opuesta a la ley natural? "Oh!, cuán bella y cuán luminosa es la generación casta. Perpetuamente coronada, triunfa y gana el premio de combates inmaculados". "Nuestro cuerpo, dice San Pablo, no es para la impureza". La experiencia nos dice que la castidad es el honor de la vida humana; da al mozo destello de inteligencia y de vigor, a la mujer joven la flor misma de la belleza, al hombre adulto entereza viril, nobleza exquisita a la esposa y a la madre, a todos vitalidad robusta y firmeza suave.

Solamente la perversidad del corazón, los métodos materialistas y conocimientos puramente experimentales y parcializados pueden inducir a afirmaciones que médicos distinguidísimos rechazan en nombre de la ciencia y reputan *absurdos* fantásticos e increíbles. Si ni dos o tres autores, ni aún media docena, tienen para nosotros suficiente autoridad, oid a una Facultad de Medicina *en pleno*, la de Cristianía, donde todos sus miembros, por *unanimidad*, *confiesan*: "Jamás hemos podido averiguar, por el menor indicio, que una vida moral y *pura* haya causado a nadie el más leve daño".

Trescientos Doctores, entre los cuales no faltaban las eminencias que suelen concurrir en estos casos, acudieron al Congreso Internacional de *Profilaxis sanitaria y moral*, celebrado en Bruselas del 1 al 6 de septiembre de 1902, y todos ellos, sin una sola excepción aprobaron la conclusión siguiente: "Es preciso inculcar a la juventud masculina, que no solamente la castidad y la continencia son en absoluto inofensivas, sino también deben llamarse virtudes las más recomendables, desde el punto de vista medicinal e higiénico".

El Doctor Paúl Good, en su librito "*Hygiène et Morale*", dice: "Es más, os desafío a que en toda la historia de la Medicina, en todos los tiempos y lugares que queráis, encontréis una enfermedad, óyelo bien, *una sólo*, causada por la abstención de las relaciones sexuales, por la continencia. Registrad las bibliotecas, hojead los diccionarios, consultad a los más eminentes profesores de todas las Universidades de esta vieja Europa y del Nuevo Mundo, y si me presentáis una sola consulta, firmada por un hombre de respeto, o bien la página de un libro de los que en Medicina son autoridad, en el cual se afirme, con pruebas al canto, que la continencia puede ser sola *causa agravante* de

ciertas enfermedades, yo, en el acto, estoy dispuesto a quemar las anteriores páginas, y con gusto me condeno a un perpetuo silencio”.

“Claro es, que me refiero aquí a dictámenes, o libros serios de Médicos dignos de ese título, verdaderos ministros y servidores de la ciencia y no a ciertos ruines especuladores, que, por aumentar la tirada de librería, o por causas inconfesables, *hacen pornografía*, malamente llamada *medical*”. E. Kraepelin afirma: “El histerismo y otras neurosis no se presentan como efecto de tendencias sexuales inhibidas por la continencia: así lo he observado en los marinos, en los soldados durante la guerra, en los sacerdotes católicos y en las Hermanas de la Caridad”. Y obsérvese que se trata del príncipe de los psiquiatras modernos.

No hay naturaleza más delicada que la del niño bajo cualquier aspecto que se la considere, ya sea en su desarrollo físico, ya en el sensitivo, intelectual, religioso o moral. La pedagogía moderna atiende a su desarrollo psíquico discretamente; nada que rompa el equilibrio de lo físico con lo mental; nada que interrumpa la marcha regular del organismo preguntas y respuestas que armonicen con su edad, con su constitución y curiosidad natural, todo con el fin de evitar desarrollos prematuros, atrofiamientos y fatigas entorpecedoras. La higiene multiplica los cuidados y solicitudes por su bienestar; en cambio se pretende desequilibrarlo religiosa y moralmente. La educación sexual como la propone el naturalismo y como la deseaban los médicos reunidos en congreso en esta ciudad, en enero del año de 1935, es monstruosa, repugnante y absurda; abiertamente contraria a la doctrina del Romano Pontífice.

La lucha de la carne es la más cruel y tiránica de las que tenemos que afrontar, de ella se quejó el propio San Pablo; nuestro deber no consiste en apresurarnos a su aparición, antes bien debemos detenerla por todos los medios posibles, máxime si se trata de seres impreparados para defenderse como los niños. La instrucción sexual, dada a todos indistintamente, a púberes e impúberes, y hasta públicamente o en comunidad, tomando como objeto de clase un tema sexual, acarrearía consecuencias fatales que nunca lamentaríamos suficientemente.

Seguramente la inocencia no es ignorancia teórica, pero sí lo es prácticamente; lo contrario querrian quienes, con ironía digna de mejor causa, ocultan con el velo del equívoco la malicia de la pasión y la ingenuidad. Por consiguiente, el niño que interroga sobre estos asuntos, o que sin interrogar, por las condiciones de su vida, o por las circunstancias en que se halla, se comprende que en él sería más peligrosa la ignorancia que el conocimiento, debe instruírsele con sencillez, claridad, dignidad, breve, gradual y discretamente. Y el deber incumbe a los padres preferentemente, y en su defecto a los sacerdotes y maestros; pero privadamente, para evitar que las sugerencias callejeras o los com-

pañeros de estudio se encarguen de violar su inocencia o de incitarlos a los atractivos del vicio. Tal instrucción jamás debe darse en comunidad ni por medio de la pantalla. El Romano Pontífice reprueba la forma pública, así como la exposición de la niñez y de la juventud a *ocasiones* en que se acostumbrarían al impudor y se curtiría el espíritu connaturalizándolo con la sensualidad.

Si se incurría en un error al responder con mentiras y ficciones a los niños que interrogaban sobre la maternidad y la lactancia, también se significaba que, al ser otras las condiciones y circunstancias de la época, el pudor y la virtud de las madres aconsejaban que se echase un velo de discreción sobre aquellos puntos, velo que sin duda habría de escandalizar a los sapientes fariseos de esta época, pero en ningún caso hacía de los niños menos hombres o menos mujeres, y sí ayudaba a conservar la moralidad e impedía el despertar de la fiera de que difícilmente podían defenderse.

Ciertamente es un error creer que la iniciación sexual, la disipación de la ignorancia sobre estas materias, inmuniza de los atractivos del placer o suministra fuerzas capaces de resistir a los impulsos inferiores; sucede todo lo contrario; por tanto cuando se ha de dar la instrucción individual, por exigencias de circunstancias y condiciones especiales, debe ir acompañada de enseñanzas y exhortaciones que ayuden a la liberación de los males que de ella puedan originarse. Las relativas al temor de Dios, al amor de la pureza, a la recepción de la santa Eucaristía, al peligro que entraña la impureza que es fuego que quema y lodo que ensucia, a las enfermedades que puedan contraerse, y otros graves peligros a que se exponen, son de grande eficacia para el fin deseado.

A este respecto sabiamente anota el Romano Pontífice: "En este delicadísimo asunto, si, atendidas todas las circunstancias, se hace necesaria alguna instrucción individual en tiempo oportuno, dada por quien ha recibido de Dios la misión educativa y la gracia de estado, hay que observar todas las cautelas, sabidísimas en la educación cristiana tradicional, que el citado Antoniano suficientemente describe, cuando dice:

"Es tal y tanta nuestra miseria y la inclinación al pecado, que muchas veces de las mismas cosas que se dicen para remedio de los pecados, se toma ocasión e incitamento para el mismo pecado. Importa, pues, sumamente que el buen padre, mientras habla con su hijo de materia tan lúbrica, esté muy sobre aviso y no descienda a particularidades y a los diversos modos con que esta hidra infernal envenena tan grande parte del mundo, a fin de que no suceda que, en vez de apagar este fuego, lo excite y lo reavive imprudentemente en el pecho sencillo y tierno del niño. Generalmente hablando, mientras dura la niñez, bastará usar los re-

medios que con un mismo influjo fomentan la virtud de la castidad y cierran la entrada al vicio”.

Despréndese claramente la necesidad de tratar estos puntos cautelosamente, tanto más cuanto que una de las causas que más influyen en la cristalización de la pasión es la sensibilidad externa e interna, la única que explica la tendencia marcada hacia todo lo emocionante, el poderoso atractivo por las escenas trágicas, las representaciones dramáticas la lectura de romances y el gusto natural de los niños por las historias fantásticas de ladrones, aparecidos y hadas. La imaginación es la grande proveedora de nuestras pasiones, la que mediante los objetos que nos ofrece de ordinario revestidos de cualidades sombrías o brillantes, levanta sobre nuestros apetitos el viento de la tempestad, el frío o el ardor, la actividad y la fiebre; igualmente, las inquietudes, las preocupaciones, y más particularmente las emociones, por ser el resultado de reacciones mentales y orgánicas que a su vez lo son de excitaciones internas y externas, ejercen una acción más manifiesta sobre la circulación cerebral que el trabajo intelectual. Ahora bien, en la niñez y en la juventud, y todavía más en determinados períodos de éstas, lo más desarrollado es la sensibilidad y sus respectivas facultades; de manera que infundir en ella—que no otra cosa es iniciarla públicamente o en comunidad—los instintos y funciones genésicas, es tanto como hacer desaparecer la prudente y discreta reserva de la naturaleza, arrancarle la ingenuidad y sencillez que la caracterizan y la adornan de simpatía y atractivo, trocándola en lo que se ha querido evitar, la prematura malicia y precoz perversidad. Los instintos genésicos entrañan el placer y mueven a buscar lo que los excita y aguijonea.

Lo más sorprendente en estas cuestiones, que pudiéramos llamar para dójico y contradictorio, es que los que más protestan contra las excitaciones de la fantasía de los niños por las sugerencias y temores del diablo, son los más decididos partidarios de la excitación en los dominios del demonio de la carne!

Qué ocurrirá?, no lo sabemos, no lo sospechamos ni queremos prejuzgarlo; pero es lo cierto que si al asomar de la razón se sale a su encuentro con objetos de instintos genésicos, que pueden llevar en asocio presentimientos, ilusiones y tal vez recuerdos de placeres ya experimentados, o si de ellos se habla con la amplitud y libertad con que se habla de funciones vaso-motrices como la respiración, la circulación de la sangre, la secreción, etc., la conclusión lógica y natural, máxime si la enseñanza se ordena a precaverlos contra posibles males, así sea exclusiva o nó, será que ellos crean que se trata de una necesidad natural, que debe satisfacerse con precauciones y normas para evitar los peligros de enfermedades y desastres. Entonces, actum est del pudor, de la honestidad y

de la moralidad; más se mueve el hombre por el deleite presente que por el temor de futuras desgracias.

No alcanzamos a ver cómo no quedarían justificados el amor libre, y la sensualidad, y puesto el puente para el matrimonio civil y para el divorcio vincular. Es claro que convencidas las conciencias individuales de que se trata sólo de funciones naturales y necesarias, salvaguardadas en determinadas circunstancias por la ley, optarían por uniones profanas, que pudieran disolverse por la libre voluntad, ya que ella sola las ha determinado. Así es como se prepara mañosamente el desquiciamiento social. Oh! Manes de la pedagogía sexual!

El asunto de la iniciación sexual es más delicado de lo que parece, es delicadísimo, como dice el Pontífice, en grado superlativo; la actividad humana para desarrollarse, debe pasar por tres periodos, de dispersión el primero, de esfuerzo el segundo, y el tercero de costumbre; cada uno entraña una complicación en el funcionamiento de los distintos sistemas somáticos y de las facultades afectivas y representativas. En el primer periodo, la actividad es desordenada y desconcertada; no existe la voluntad o se halla embrionaria; se suceden los deseos, buenos o malos, violentos o débiles, con variedad y profusión suma, inconsciente siempre, sin dirección y enlace con un acto determinado; de manera que se ignoran los efectos de las impresiones. En el segundo, los movimientos se coordinan, se concentran, continúan y sostenidamente; ya hay voluntad como también resolución y ejecución; pero será débil si las ideas no van acompañadas de sentimientos, entusiasmo y amor; en el tercero, los movimientos se ejecutan con rapidez casi instantánea y con facilidad casi inconsciente; la voluntad es enérgica y lo será más o menos según la reflexión con que se obre, las circunstancias ambientales que influyan y de acuerdo con el ejercicio continuado del hábito que en ningún caso puede adquirir la posición de estéril usufructo, so pena de trocar al hombre en autómatas casi irresponsables. El niño en el periodo prepubertal, casi siempre es distraído, por dispersión de la atención a todo lo que le rodea, en una palabra, disipado; en las mismas condiciones se hallan los púberes y los jóvenes, al menos en muchas ocasiones; los primeros no tienen una voluntad formada, y los segundos la tienen, pero débil. En tales condiciones será pedagógica y científica la iniciación sexual? No estando la voluntad formada o siendo ella de formación débil, el peligro inminente de consagrar habitual e inconscientemente la vida al azar de las influencias externas o de las impresiones internas, de someterlos al gobierno de las circunstancias y no de sí mismos y a los impulsos y acciones más contradictorias, resulta absolutamente evidente. La debilidad, la inconstancia y el capricho serían las características de una vida que debe ser la promesa del futuro y que está llamada a grandes ideales. ¡Qué responsabi-

lidad!

Se dirá que entre los que no han tenido voluntad para dominar los instintos sexuales, se cuentan genios que han alumbrado los caminos de la ciencia y de las artes. No puede negarse, mas no dejaremos de advertir que quienes en este vasto imperio de nuestro yo, no reinan sino parcialmente, dejan de alcanzar grandes victorias, iluminan para la tierra y desconocen su dignidad de hombres.

Los psicólogos afirman unánimemente que las ideas son impotentes en la lucha de las inclinaciones; los sentimientos, por el contrario, gozan de un poder soberano sobre la voluntad; luego antes que ideas, formemos el corazón, eduquemos los sentimientos, enseñemos a ser hombres para que cuando la bestia pretenda encabritarse esté listo el domador. La experiencia demuestra que comparada la vida real con la vida teórica se experimenta una desilusión cruel. Por eso decía Leibnitz: "Si los hombres son menos buenos que sus verdades, son menos malos que sus errores"; también Ovidio y Marcial declararon que no eran tan malos como sus obras y que no las hubiesen escrito si el medio hubiese sido otro. Todo quiere decir que las ideas sin sentimientos sanos y fuertes no salvan, y menos en el orden de cosas de que nos ocupamos.

Réstanos desear una acción conjunta y consciente de padres e hijos, de educadores y educandos, de la autoridad y de la sociedad. Racionalmente desarrollado el sentido de la responsabilidad, en armonía con los deberes de la moral católica, que contempla todos los estados y condiciones de la vida; preocupados, legisladores y educandos, de mantener la educación bajo la dependencia divina, y abandonada la vana y absurda pretensión de filósofos y sociólogos, de rotarios y masones, de dar a la humanidad un nuevo código de moral universal en sustitución del decálogo, de la ley evangélica y de la ley natural, esculpida por Dios en el corazón del hombre, espontánea y naturalmente sobrevendría una vigorosa reacción contra la avalancha de males que amenaza aplastar a la humanidad.

Históricamente está demostrado que Jesucristo con su ley mudó la faz del mundo pagano, cambió las instituciones, levantó y aseguró la dignidad humana, echó las semillas de todas las libertades legítimas, señaló nuevo rumbo a las ciencias, asentó la familia y la sociedad sobre sus verdaderas bases, enseñó al hombre sumido en la sensualidad a conocer su origen y su fin, y formó en su escuela a los prototipos de la humanidad por la ternura, por la caridad y por la mansedumbre. Por qué hoy la educación cristiana, basada en esa misma ley, es considerada "heterónoma", "pasiva" y "anticuada"? Sin duda la humanidad tiene nostalgia de paganismo; gran parte de sus conductores están tristes de verse dentro del orden, de la libertad y de la justicia!

A las palabras con que Descartes pretende resolver el problema ético de las pasiones, a saber: El alma debe emanciparse de su predominio, romper su servidumbre, alcanzar la plenitud intelectual mediante una voluntad inspirada en los bienes supremos de la razón, nosotros agregamos, y mediante los bienes del decálogo y de la ley evangélica.
